

## Ese amargo fruto

-¡Vamos! ¡No lo pienses más y tírate ya! ¡El agua está estupenda!

La voz de su amigo le llegaba desfigurada por el esfuerzo que hacía para hablar mientras nadaba. No le contestó porque estaba demasiado cómodo, desmadejado sobre la fresca hierba, como para tomarse ni siquiera esa molestia. Aquella escapada al campo en una tarde así era algo formidable y, además, nadie sabía dónde estaban. Se habían cuidado mucho de no decirles a sus compañeros de clase que habían descubierto aquel lugar poco accesible, donde el recodo que hacía la presa les permitía darse buenos y refrescantes baños sin ser vistos por el vigilante que hacía su ronda por aquellos parajes para evitar que furtivos bañistas se sumergieran en aquellas limpias y cristalinas aguas porque era un lugar considerado peligroso y el letrero que había en los alrededores advertía claramente que estaba prohibido bañarse en aquel lugar resguardado de las miradas curiosas, donde formaba la presa una especie de lago artificial.

Estaban solos en aquel silencio, roto únicamente por el piar de los innumerables pájaros que anidaban en los frondosos y viejos árboles que proyectaban su refrescante y acogedora sombra sobre la media luna que formaba aquel remanso de la presa y sus orillas, en las que todo hablaba de la pujanza de la Naturaleza para mostrarse en todo su esplendor. Muchas veces, le había oído decir a su abuelo que aquellos castaños, olmos, robles y algún que otro sauce que dejaba caer su cabellera de hojas sobre la límpida superficie de las aguas, ya estaban allí cuando él era niño y seguirían estando mucho después de que todos hubieran muerto, majestuosos, altivos e indiferentes al paso del tiempo y al loco quehacer de los hombres, a no ser que antes una mano asesina los talara, arrancando a aquel rico vergel la sabia vivificadora que lo nutría y le otorgaba aquella belleza incomparable. También decía el abuelo Sixto, tan sabio en todo lo que se refería a los campos y las criaturas que en él habitaban, que las personas perderían mucha de su soberbia si se comparasen con los árboles, quietos y erguidos en su silencio, pero que permanecían inmutables en el tiempo como queriendo recordarle a los hombres la estúpida y vana preocupación por

sus asuntos porque todos los humanos sólo somos sombras fugaces en el misterioso devenir de la vida. Desde luego, el abuelo sí que sabía, aunque no hubiera ido nunca a la escuela. Sabía mucho más que don Matías, el maestro, que a pesar de haber estudiado mucho, no sabía nada de nada, porque el abuelo podía distinguir unas plantas de otras y para lo que servía cada una, a pesar de que había cientos de ellas diferentes, o miles, en la región. Siempre le oía decir al abuelo “me voy a la botica” cuando salía al campo a recoger las plantas que necesitaba para que la abuela preparase las tisanas aquellas tan ricas, o los ungüentos con olor a eucalipto o, peor aún, esas cataplasmas que abrasaban y dejaban la piel enrojecida; pero que le quitaban los dolores de espalda al abuelo, el reuma a tía Asunción o los dolores de garganta a los chiquillos de la familia cuando se acatarraban. Pero eso no era todo, porque también el abuelo Sixto sabía reconocer el canto de los pájaros y, además, imitarlo tan bien que nadie podía reconocer cuándo era el pájaro o cuándo era el hombre. Era un verdadero especialista en imitar el ulular del búho que abundaba tanto en aquella zona y que nos hacía reír a los niños cuando, de noche, le oíamos responder a aquellas rapaces que

se llamaban entre sí, dispuestas a salir de caza, y que provocaba un revuelo en las ramas de los árboles cercanos a la casa con las respuestas sonoras y continuas de los búhos, mochuelos y lechuzas que no sabían dónde se escondía aquel raro ejemplar de su especie al que nunca podían ver, pero al que oían en sus reclamos. En esos conocimientos, don Matías no se podía comparar con el abuelo porque el maestro era un señorito de ciudad que no entendía de lo que era lo verdaderamente importante de la vida, según decía el abuelo, y se pasaba el tiempo leyendo libros raros y gordos; pero nunca miraba los árboles, los animales o el color del cielo cuando se tornasolaba, en un aviso inminente de que iba a cambiar el tiempo. Tampoco don Matías sabía comprender lo importante que era distinguir las diferentes especies de aves, insectos o plantas y los avisos que ofrecen cuando algo va mal en la futura cosecha o en las hembras preñadas que anunciaban, de una manera solo comprensible para el abuelo, que se iban a perder, o no, las crías que pudieran nacer. El abuelo no leía libros, pero leía el código, indescifrable para otros, que ofrece el firmamento por la situación de las estrellas, o el color de los

árboles y de las plantas, anunciando los cambios del tiempo o la promesa de una cosecha abundante o, en el peor de los casos, el mal presagio que se adivinaba en el color de la siembra, o en el espesor de los terrones que rodeaban los sembrados y que eran el aviso aciago de que la tierra no ofrecería la abundante cosecha de otras veces por la pertinaz sequía, negando sus frutos. Por eso, a él le gustaba tanto salir al campo con el abuelo. O solo, cuando hacía pellas, porque no quería permanecer encerrado entre las cuatro paredes de la escuela, oyendo al maestro explicar cómo se saca una raíz cuadrada, cuando podía oír y ver cómo el abuelo plantaba en la huerta las diferentes verduras, podaba los árboles o le daba de comer a las vacas, ajeno a que los ojos inquietos y vivarachos de su nieto lo estaban espiando cuando debería estar en la escuela. Siempre le gustaba oírlo cuando le explicaba el misterio de las raíces auténticas, de esas de las que se nutrían las plantas y le decía que todos los seres vivos tenían raíces de las que se alimentaban y, aunque no le entendía muy bien qué quería decir con eso, le gustaba escucharlo porque le hablaba de cosas reales que se podían tocar, oler y comer y no de todas esas paparruchas de las

raíces cuadradas que nunca sabía bien qué eran ni para qué servían. Por eso, era tan agradable estar allí, echado sobre la hierba debajo de la fresca sombra de aquel viejo castaño, sintiendo el bullir de los pájaros entre las ramas mientras notaba el aroma de las plantas que se enseñoreaba de aquel lugar que parecía apartado del mundo. Ese paraíso prohibido se lo enseñó el abuelo, un día cuando lo acompañaba a recoger plantas medicinales. Recordaba el consejo que le dio de que nunca se bañara en aquel lugar que, por ser tan hermoso, parecía inofensivo, porque allí "el agua era traicionera tanto como las mujeres" -decía riendo pícaramente el abuelo con risa sardónica-, porque debajo de la superficie había demasiadas rocas que formaban cuevas de las que sería difícil salir por los remolinos que se producían en el fondo y que arrastraban hacia abajo a cualquier bañista que se atreviera a bucear en aquellas misteriosas profundidades pobladas de sombras. Sin embargo, él no tenía miedo porque no sabía bucear y sólo pensaba darse un chapuzón; pero, sobre todo, lo que quería era disfrutar de aquella fresca sombra y respirar los hermosos olores a jara y tomillo, caléndulas, romero, hinojo y madreselva que lo

envolvían en una sensación de bienestar como el que le producía el olor a crujiente hojaldre relleno de cabello de ángel, o a las magdalenas doradas que la abuela sacaba del horno de leña del patio mientras él, con la excusa de ayudarla, tenía el privilegio de ser el primero en probar aquellos dulces en los que se podían notar todos los matices del dulzor del azúcar y la canela mezclados con el dulce de calabaza envuelta en esa deliciosa masa de harina, huevo y manteca que se le quedaba en el paladar como el recuerdo de esos momentos mágicos que, por serlo, estaban condenados a ser fugaces; pero siempre inolvidables. Esa misma sensación de gozo intenso también lo experimentaba al subir al desván de los abuelos, donde se apilaban las manzanas recogidas durante el año y que despedían su ácido y penetrante aroma que impregnaba la madera del piso y de las vigas que quedaban aromatizadas, año tras año, con aquel olor silvestre a naturaleza renacida en cada nueva cosecha, como la ropa de los armarios olían a membrillo que la madre y la abuela repartían entre todas las prendas como queriendo llevar el olor a huerta al interior de la casa y de las vidas que la habitaban, consiguiendo así que las habitaciones de

aquella amplia casa fueran una continuación natural del campo y de las huertas que eran el eje de sus vidas y de los temas de conversación, sobre todo, en las largas tardes de invierno en las que se ponían a asar las castañas en el fuego del hogar, enorme chimenea de leña que era el centro de reunión familiar y, mientras su olor se expandía por toda la cocina, se iban desgranando las vivencias del día, al igual que la abuela desgranaba guisantes o limpiaba las judías verdes, quitándoles los hilos con la sabia pericia de quien lleva repitiendo el mismo gesto toda la vida.

-¡Pero, bueno! ¡Es qué no te vas a bañar? -la voz de Félix lo sacó de su dulce somnolencia.

-¡Ya voy, hombre! ¡Qué prisa hay? Tenemos toda la tarde por delante y así también se está estupendamente.

-¡Anda ya y métete en el agua! Podemos jugar a ver quien nada más deprisa.

-¡Bueno, espera un poco! ¡Qué pesado eres!

Le costaba moverse, abandonar aquella placidez para zambullirse en el agua. Sentía una cierta pesadez en brazos y piernas, después de haber corrido hasta allí y por eso, quería descansar un poco. Ese lugar era perfecto para dormir una buena

siesta, si no fuera porque su amigo no lo dejaba en paz; pero se lo perdonaba porque era el mejor amigo que tenía y habían compartido siempre todo, lo bueno y lo malo, desde que eran unos mocosos. A todos los otros compañeros de la escuela les daba envidia verlos tan unido y cómo se defendían cuando jugaban, si alguno de los mayores quería aprovecharse de su fuerza o de su constante bravuconería para amedrentar a los más pequeños

Se incorporó y miró hacia el agua como queriendo animarse para darse un chapuzón; pero se volvió a recostar porque vio a Félix, incansable, nadando de un lado a otro, y sabía que, si se bañaba con él, no lo dejaría en paz con sus bromas y su energía inagotable. El maestro decía que su amigo era un poco bruto para comprender los intrincados enigmas de la aritmética que para él eran escollos insalvables, a pesar de la buena voluntad que ponía en ello. Sin embargo, era bueno y leal, incapaz de traicionar la amistad que los unía. Muchas veces, cuando los dos se habían peleado con algunos de los muchachos de su clase, Félix siempre estaba allí, sacando la cara por el y dispuesto a dar un buen mamporrazo que los sacaba siempre del atolladero. Habían llegado a un buen

entendimiento porque, a cambio de su inquebrantable lealtad, él le explicaba los problemas de la dichosa aritmética y le daba muchos de los bocadillos que su amigo se comía, en un abrir y cerrar de ojos, porque tenía tan buen apetito como energía para gastar. Por eso, no paraba quieto un momento y sabía que, hasta que no se fueran, no saldría del agua, a no ser para buscar lagartos por las riberas o cualquier bicho de los que abundan en los lugares húmedos y que eran los preferidos del muchacho.

Sonó el canto de un mirlo, inconfundible para él porque el abuelo le había enseñado a reconocerlo. Escuchó con atención para saber donde estaba situado; pero el pájaro enmudeció, de pronto, como si hubiera advertido que dos ojos curiosos intentaban localizar su situación. Aquel armónico y vibrante sonido había roto el sonoro silencio de aquella tarde en la que sólo parecían confluír los lejanos tañidos de los esquilones de las vacas que pastaban tranquilas en un prado cercano, uniéndose a los suaves rumores de las bandadas de pájaros que anidaban en los árboles circundantes y el chapoteo de Félix, en su ruidoso e interminable baño. Reposó la cabeza sobre los brazos doblados

bajo la nuca y cerró los ojos otra vez, sintiendo una agradable somnolencia, dejándose arrullar por aquellos sonidos armónicos que le servían de telón de fondo, en aquel frondoso escenario natural rodeado de árboles que parecían querer acariciarle el rostro con sus ramas, lo que lo ayudó a ir hundiéndose en la inconsciencia del sueño que le permitía descansar sin pensar en raíces cuadradas, la lista de los reyes Godos y las capitales de los países de..

Despertó sobresaltado, sin saber bien por qué. Ignoraba el tiempo que llevaba dormido aunque suponía que había pasado más de una hora porque el sol había bajado sobre el horizonte. Todo seguía igual a su alrededor, incluido los ruidos de los pájaros en las ramas; pero notaba que una señal de alarma flotaba sobre aquella placidez. Miró de un lado a otro y comprendió que faltaba el ruidoso chapoteo de su amigo que había estado oyendo hasta quedarse dormido. Pensó que esa era la explicación de su inquietud, pues la ausencia del sonido acostumbrado había sido la alarma que lo había hecho despertar tan bruscamente, porque ya no se oían los resoplidos de Félix, al nadar, ni sus chapoteos. Se puso en pie y se dejó resbalar hasta la

orilla del agua. Miró hacia todos lados sin encontrar la silueta de su amigo. Se dio una palmada en la frente como queriendo decirse a sí mismo que era una tontería preocuparse porque, después del tiempo transcurrido, Félix habría salido del agua, harto de nadar, y estaría por los alrededores en busca de lagartos, ranas o cualquier serpiente de agua que tanto le gustaba coger para jugar un rato con ellos y, después, devolverlos a su hábitat cuando se había saciado su curiosidad. Se volvió hacia el lugar situado más alto donde había estado durmiendo para intentar encontrar a su amigo por los alrededores. Cuando llegó a la zona que había ocupado poco antes, un gesto de alarma se dibujó en su rostro al mirar sobre la hierba, al lado de donde había dormido, porque allí vio, formando un abigarrado montón, los pantalones, la camisa y, lo que era más preocupante, las sandalias de Félix. Esa era la señal inequívoca de que le había sucedido algo porque se hubiera ido a buscar bichos sólo con los calzoncillos puestos, pero nunca dejaría las sandalias porque sabía lo escarpado que era el terreno de los alrededores, con muchas piedras que impedían andar descalzo ya que cortaban como afilados cuchillos. Angustiado, miró

de nuevo al agua mientras las palabras del abuelo, advirtiéndole de los peligros que allí había en las aparentes inofensivas aguas, le atravesaron el cerebro. Sin pensárselo más, se despojo de toda la ropa y las sandalias y se lanzó en una loca carrera hacia el agua, zambulléndose de inmediato, después de dar un buen salto. Allí había unos tres metros de profundidad y él era un nadador avezado. En el agua, transparente como un cristal y muy fría, nadó sumergiéndose un poco para comprobar si veía algo. No distinguía nada más que las plantas acuáticas y las rocas más próximas que había en el fondo, al que se divisaba bien porque la luz llegaba claramente sin dejar zonas de penumbra. Salió a la superficie para tomar aire, sin saber que hacer y empezó a llamar a su amigo a grandes voces, girando en el agua como una peonza desorientada mientras sentía que el corazón le latía en las sienes como martillazos. Cansado de gritar sin obtener respuesta, y notando el frío del agua que lo traspasaba, miró de nuevo hacia el fondo con un gesto de aprensión y miedo que no pudo reprimir. Se acordó de las veces que su amigo se había interpuesto entre él y los compañeros más fuertes y belicosos y sintió una punzada de angustia en el

estómago. Sin pensárselo más, tomó aire y se sumergió en las aguas hacia la zona que estaba por detrás de las rocas y que parecía ahondarse por debajo de la propia pendiente por la que se bajaba al agua como si ésta fuera un voladizo. Se sumergió unos cuatro metros, mirando a todos lados de aquella vegetación que oscilaba en el fondo y sin atreverse a penetrar en la zona más oscura. Salió dos veces a tomar aire, sintiendo, cada vez, más que el pánico se apoderaba de él por lo que parecía ya una evidencia más que una corazonada. Volvió a sumergirse, dándose ánimos, y rodeó unas de las enormes rocas que parecían tapar a medias la boca de una cueva sumergida y que parecía prolongarse por debajo de aquella suave pendiente donde había estado tumbado. Sintió, entonces, que el terror casi le hizo gritar debajo del agua porque vio el cuerpo de su amigo que flotaba, bocabajo a unos metros por debajo de él, entre aquellas plantas y arbustos acuáticos, como si un peso lo lastrara y no pudiera ascender a la superficie porque parecía retenerlo una corriente interna que lo succionaba hacia el fondo de la cueva y lo acercaba a la masa vegetal que se inclinaba, ondulantemente, hacia la entrada de aquella oquedad donde la oscuridad se hacía

mayor porque aumentaba la profundidad en su cavernoso vientre. Tuvo que subir a tomar aire porque los pulmones parecían que le iban a estallar. Salió del agua, tropezando con las piedras de la orilla y sin poder contener el llanto. Sabía que su amigo estaba muerto y él solo no podía sacarlo porque era incapaz de bucear a esa profundidad. Subió la pendiente y se vistió, sintiendo el cuerpo mojado y aterido mientras le castañeteaban los dientes y un temblor le sacudía el cuerpo entre sollozos. Tenía que llegar al pueblo a pedir ayuda para recobrar el desmadejado cuerpo de Félix y decir lo que había sucedido. Enfiló el camino de tierra que llevaba hasta el pueblo mientras sus piernas corrían como no lo había hecho nunca. Se ahogaba por no poder respirar mientras lloraba y corría como si aquel fuera el primer llanto de su vida y, aunque no lo era, sí sabía, mientras corría y corría, que aquel llanto no era el mismo de otras veces, porque antes nunca sintió que su corazón se había partido y lo estaban ahogando la pena, el terror y el remordimiento por haberse dormido. Le había fallado a su amigo cuando él no le falló nunca y sentía, como si lo hubiera estado viendo en aquellos terribles instantes, el terror que debió tener

el muchacho mientras se ahogaba, sabiendo que su amigo no lo podía escuchar ni ver ni auxiliar. Era esa la espantosa soledad de los moribundos de la que había oído hablar al abuelo una vez, pero él sentía que la soledad de su amigo, muerto en aquella presa, le atenazaba el corazón y presentía que esa soledad ya no lo abandonaría nunca. Empezó a gritar, mientras lloraba y jadeaba, repitiendo siempre el mismo nombre: ¡Félix!, ¡Félix!, ¡Félix! Y ese nombre, cuando se iba acercando al pueblo, dejó de gritarlo y empezó a llamar al abuelo, desesperadamente, y fue entonces, al nombrarlo, cuando recordó, con la lucidez que da el dolor y el descubrimiento de una verdad dramática, que el abuelo siempre le decía, sobre todo aquella tarde en la que los sorprendió a Félix y a él, fumando a escondidas en el pajar: “No tengáis prisa por crecer. No se hace uno hombre por fumar o llevar pantalones largos. Yo me fui con diecisiete años a la guerra y era un niño. Después, cuando volví, tras estar tres años en el frente, ya era un hombre porque había conocido el sufrimiento y la muerte muy de cerca. Sólo se madura cuando se ha conocido el dolor, porque ese es el fruto amargo que la vida nos ofrece a todos, a unos, antes y, a

otros, después; pero a todos nos toca probarlo porque es el precio que debemos pagar a cambio de poder llamarnos hombres de verdad”.

Cuando llegó casi a la entrada del pueblo, mientras seguía corriendo, se dio cuenta que aquella tarde había comprendido lo que el abuelo le quiso decir. A sus trece años y, después de faltar sólo unas horas, le parecía que la calle, el pueblo entero y aquellos prados se habían empequeñecido, achicado, de cómo los recordaba cuando salieron de él unas pocas horas antes, en busca de un rato de diversión. No sabía si era que sus ojos que habían visto aquel horror ahora ya no podían captar la belleza de aquel paisaje, de aquel pueblo perdido en el valle, o era que él había vuelto más grande porque había crecido en un instante a causa de haber probado ese fruto amargo que tenía un sabor salado, demasiado parecido al de las lágrimas que le bañaban el rostro, por lo que supo, al entrar en la primera calle del pueblo y con la certeza de toda verdad absoluta en su trágica desnudez que, en ese mismo instante de horror, estaba saliendo, definitivamente, del mágico territorio de la infancia.